



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Confiteor.



—Diré lo del otro día
¡Claro! Pero ¿de qué modo?
¡Ah, sí! Que yo no quería
y que *el*, con su picardía,
tuvo la culpa de todo.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Á «Pachín González», por Eduardo Bastillo.—La mujer, por Luis de Ansoáin.—El certamen del himno, por Juan Pérez Zúñiga.—Miniatura, por Simón Delgado.—La sangre de la patria, por Emilio S. Pastor.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Confiteor.—Pulvis es...—Actualidades (cuatro viñetas).—La sangre de la patria (cuatro viñetas), por Cilla.



DE TODO UN POCO

Se ha puesto de moda la *grippe*, ó hablando con más propiedad, todos los que se sienten indispuestos suponen *ipso facto* que tienen la dolencia de moda.

Antes sentíamos dolor en las articulaciones y nos limitábamos á decir á nuestras mujeres:

—¡Hay flor de malva? ¡Sí! Pues que me la frían, digo, que me la cuezan.

—¡Estás malo, riquín?

—Tengo un constipado muy fuerte.

—¡Algún enfriamiento?

—Sí; he tropezado con el sastre en la plaza de la Leña, y me ha quedado frío.

—¡Por qué?

—Porque tuve que darle cinco duros á cuenta.

Los catarros se presentaban casi siempre después de haber tenido algún disgusto, y había hombre que al sentirse padre por octava vez, ó al recibir la cesantía, ó al oír cantar á Cervón, comenzaba á estornudar y á sentir dolores vagos en todas las extremidades conocidas, hasta que llegaba el doctor diciendo:

Eso no es nada: un catarro... Ea, á sudar y guárdeme usted la exudación.

Ahora siente uno escarabajeo en la piel ó nota la presencia de un bultito en cualquier rincón de la economía, y exclama, dejándose caer en los brazos de la dulce compañera de su hogar:

—¡Ay, Paca! Ya está aquí *ésa*.

—¡Quién es *ésa*?

—La *grippe*.

Y se mete en la cama desfavorido, pidiendo que le arrojen y le revisen con cuidado, no haga el demonio que se le sequen los cuatro remos y tenga que salir por ahí en clase de monstruo metido en un carrito.

Desde que la ciencia ha resuelto llamar *grippe* á todas estas afecciones catarrales, la gente está alarmada, y ayer me dijo un sujeto robusto, que ha vivido hasta ahora exento de preocupaciones:

—¡Verdad que tengo los ojos así como escarchados?

—Yo no noto nada.

—Ya sé que no lo quiere usted confesar por no alarmarme... ¿Entiende usted de pulso? Hágame usted el favor de decirme francamente si tengo calentura. Ahora, oprímame usted el pecho con el puño cerrado, á ver si siento dolores en la región torácica.

—Pero ¿qué tiene usted?

—La *grippe*.

—¿Quién le ha dicho á usted semejante cosa?

—Un empleado de mi oficina, que conoce todos los síntomas, porque él ya la tuvo y nos la pegó á cinco dal negociado y al director general, por habérse lavado los dos en la misma palangana.

Hay personas muy aprensivas que en cuanto tosen ya están

tomando emolientes y hasta llegan á comer la carne en salsa de malvavisco.

Yo no sé si seré *grippe*, pero que los catarros agudos existen, es cosa averiguada.

Basta entrar en el teatro para adquirir esta triste verdad.

Á lo mejor está usted escuchando con deleite á Manolo Rodríguez, y recibe en el cogote un golpe de tos acompañada de los «fluvios» de un caballero que se sienta detrás de usted.

Hay momentos en que las toses ahogan la voz de los cantantes, produciendo tal barullo que el teatro se convierte en una olla de grillos.

Unos tosen en tono menor y con la misma monotonía que emplean los tenores baratos cuando cantan una romanza, otros tosen en falsete sobreagudo á manera de contraltos de capilla, y algunos al toser parece que se han metido en una tinaja y están tocando dentro la pandereta.

Hace mucho tiempo que no se celebran banquetes literarios, ni políticos, ni científicos, ni de ninguna otra clase.

No hay cosa que dé más importancia que un banquete. Por eso los jóvenes que desean prosperar, cuando ven que nadie les convida públicamente, buscan á un amigo de confianza y le dicen:

—Mira, Gumersindo, mientras no me *banqueteen* no seré nada en el mundo. Abí tienes mil reales para que me invites á comer como cosa tuya, cuidando de invitar á todas aquellas personas que tengan levita y sepan *echar* brindis.

Reúnense varios amigos de buen diente después de estudiar sus correspondientes discursos, pónense sus mejores prendas, múdase la camisa y acuden como un solo hombre al Inglés, á Fornos, á la Bombilla, y allí cada cual desahoga el pecho, desatándose en frases elegiacas en loor del distinguido hombre político, ó del apludido autor, ó del inspirado músico...

Y al día siguiente, la prensa publica la interesante noticia, y los lectores creen de todo corazón que el obsequiado es un genio. Generalizado el sistema de los banquetes, el mejor día leeremos en los periódicos algo parecido á esto:

«Ayer fué obsequiado con un banquete el ilustre cochero de punto Toribio Piloña. Pronunciaron elocuentes brindis Juan Castañeira, distinguido mozo de cordel, y Bonifacio Fariña, consecuente barrendero municipal. El ramo que adornaba la mesa fué remitido á la esposa del ilustrado alcantarillero Esteban Funguilla, alias *Patás de anafre*.»

Luis Taboada.

*

Á «PACHÍN GONZÁLEZ» (*)

En ti noble aldeanuco,
mi buen Pachín González,
que humildemente vuelves
á tus paternos lares,

ya sin tus sueños de oro,
pues vino á despertarte
aquel apocalíptico
estruendo del desastre:

en ti que, entre terrones
que cultivó tu padre,
vas á pagar los tiernos
cuidados maternos.

donde Naturaleza,
que vida dió á tu sangre,
á la labor honrada
su seno fértil abre:

en ti puso el artista,
con su potente arranque,
en un cuerpo de niño
alma piadosa y grande,
para que, en la sangrienta
jornada memorable,
fueses, entre las sombras,
la luz que nos guíase.

Contigo, aunque sencillo,
épico personaje,
fuimos de los horrores
testigos presenciales.

Contigo desolados,
cruzábamos las calles,
buscando entre los muertos
la vida de tu madre.

Al resplandor terrible
de incendios formidables,
hasta tu lecho fuimos
acompañando á un mártir.

Y, como á ti, á nosotros
moviéndonos el gran arte
de aquel á quien yo pido
que esculpa, pinte y cante:

de aquel Pereda insigne
que, desde el hondo valle,
ayer *Peñas arriás*
alzó el vuelo arrogante,

y hoy, en eterno cuadro,
nos pinta la catástrofe
que ensangrentó ese suelo
bendito de sus padres.

Vida te dió el artista
llorando los pesares
de la ciudad hermosa
que siempre supo honrarla.

Y tú, de la Montaña
metido en los breñales,
bendecirás sus glorias
en besos de tu madre.

Eduardo Bastillo.

(*) Último libro del gran novelista madrileño.

PULVIS ES...



—Bien mirado, ¿qué adelanta el hombre con atracarse de judías, si luego se ha de convertir en polvo?

★

La mujer.

Junto á la cuna donde el pobre niño
se agita sin cesar,
rendido por la fiebre que le abrasa
y la tos pertinaz,
Rosa, la hembra garrida que á los hombres
inspira admiración
por su cuerpo escultórico, formado
para el sensual amor,
por sus labios de un rojo de grosella
que muerden al besar,
y sus ojos, dos sombras inflamadas,
que atraen como el imán;
suelta la cabellera que otras veces
tanto rostro escondió,
y marchita la faz, antes cubierta
de artificial color,
clava los ojos en la frente pálida
del angelito aquel,
que, como nunca la miró ninguno,
la mira á ella también.
Al ver el niño que el dolor que siente
hace á Rosa llorar,
tiende hacia ella los brazos y la dice:
—¡Dame un beso, mamá!
Y sintiendo el calor de aquellos labios,
que aún no saben mentir,
comprende Rosa que hasta entonces nadie,
nadie la besó así.
Y como el beso del primer amante
produce honda impresión
en la virgen, de pronto despertada
al choque del amor,

el beso de aquel niño que agoniza
despierta sin tardar
un amor grande que durmió hasta entonces...
¡el amor maternal!
Y así es que cuando á poco, oyendo pasos,
Rosa el rostro volvió,
viendo que un hombre se acercaba, dijo
con gran indignación:
—Vete... que aquí ahora sobras... La presencia
del hombre me hace mal...
¡Entre un ángel que muere y una madre
sólo Dios puede estar!
Déjame en paz con mi dolor profundo.
¿Qué buscabas? ¿Tal vez
á la mujer hermosa? ¡Pues ahora
no hay más que la mujer!

Luis de Ancoena.

El certamen del himno.

Desde que leyó mi amigo
don Cándido Solimán
(aplaudido boticario
de la calle de San Blas)
lo relativo al certamen
abierto en *El Imparcial*
á fin de darle á la marcha
de Cádiz, ya popular,
letra *ad hoc* para tenerla
como un himno nacional,
ni vive, ni á su familia
la deja vivir en paz.
Leyó que con mil pesetas
al que acierte han de premiar,
y el hombre exclamó: «¡Ruibarbol
¿Por cuatro versos no más
dan tanto? Pues haré el himno,
que de ello soy muy capaz».
Dudó un poco; pero como,
en efecto, Solimán,
á más de ser boticario,
es poeta singular
y lo mismo hace un soneto
á la asafétida ó al
bicarbonato de sosa,
que se pone á preparar
purgantes en verso libre
y hasta vende el tafetán
de heridas con madrigales,
se dijo: «¡Bah, bah, bah, bah!
Aquí hay un filón patriótico-
poético sin igual,
y yo entre purgas y emplastos
voy el filón á explotar.
Sí, señor, y de seguro
que mi caletre dará
mucho de sí, pues al cabo
tengo un sobrino carnal
que está casado con una
que es de Cádiz, y además
llevo sangre de patriota,
pues mi madre una vez ya
estuvo á punto de ser
miliciano nacional,
y mi abuelo el Dos de Mayo

le dió á un francés por detrás
de la estación de las Pulgas
una estocada mortal.
Y no es por las mil pesetas
(aunque no me estorbarán),
por lo que yo me decidí
á hacer el tal himno, ¡quién!
Yo lo hago por la importancia
que tendrá el feliz mortal
que dé en el quid de la letra.
¡Oh! Yo no quiero pensar
lo que así puede aumentarse
mi parroquia, ¡Qué caudal
ganaría yo vendiendo
mis parches y los demás
potingues con que le damos
el queso á la humanidad!
Después mandaré que pongan
en letra descomunal
sobre mi puerta: «Farmacia
del ilustre Solimán,
autor, con Chueca y Valverde,
del gran himno nacional.
Hay jarabe de higos chumbos
y pastillas de alquitrán».
Me haré rico en poco tiempo;
luego, como es natural,
tendré mi calle y mi estatua,
la gente me mirará,
y podré decir á todo
el que ahora me quiere mal:
«Váyase usted á la peptona
y no me vuelva usted á hablar».
En fin, lograré mi anhelo:
vivir con tranquilidad
y con la botica abierta
por afición nada más.»
Y en efecto, desde el lunes
el pobre señor está
dando vueltas al mortero
y al himno piramidal
patriótico-cataplásmico
que hará su felicidad,
y que el síbado que viene
me propongo publicar.

Juan Pérez Juniga.

★

MINIATURA

Triste es la observación, pero es exacta.
Todo el que pone freno á las pasiones
y seca de las duras tentaciones
limpio el honor y la virtud intacta,
hallará gran consuelo
en la esperanza de alcanzar el cielo.
Pero verá correr año tras año
perdiendo el goce por huir del daño;
respetando á casadas y doncellas
será el hazmerreir de todas ellas,
y .. al hacer el balance de su vida,
verá que ha sido tonta y aburrida.

Sinesio Delgado.

Actualidades



—Me mira este chico con cierto deseo que me va escamando...
—¿Si sera Maceo,

que, según los partes, tiene mucha gana de comer ríñones de persona humana?



—Vaya, otra campaña contra el juego, para que las personas formales tengamos que ir a pasar el rato en las cuarenta horas.



—No se moleste usted, amigo, que estamos en Cuareema y no quiero preocupar.
—¿Por qué me dice usted eso, prenda?
—Porque a mí no me la da nadie, y usted ha sido bebugo antes de ahora.



—Parece que han fusilado en Salamanca a un soldado de artillería que había asesinado a una mujer y a un niño... ¡El tonto ha sido el por no haberse hecho a tiempo súbdito norteamericano!



LA SANGRE

DE

LA PATRIA

(A. D. Eusebio Zubizarreta.)

Regresó Juan del campo con su hermosa yunta de mulas, y después de abrir con estrépito el portalón de la vieja casa, comenzó á quitar los aparejos, tarareando unas manchegas alegres, que sólo interrumpía para lanzar interjecciones á las mulas cuando éstas, ansiosas del pienso, hacían algún movimiento de impaciencia que dificultaba la tarea del labriego.

—¿Cómo no saldrá hoy mi padre á ayudarme?—exclamó al ver que la operación se iba acabando sin que, como de costumbre, echara una mano el tío Roque.

Pero no dió importancia á la cosa: Juan era robusto, y aunque venía rendido del trabajo, aún tuvo fuerzas para entrar el arado al patio. Luego llevó las mulas á la estrecha cuadra, y cogió el esportillo para subir al pajar en busca del pienso; pero antes se acercó á la cocina para preguntar la causa de la ausencia de su padre.

Allí, junto al fuego, estaba el tío Roque, con la cabeza apoyada sobre las manos, en actitud de meditar, y frente á él, su mujer, la madre de Juan, con los ojos llenos de lágrimas, que de cuándo en cuándo se desbordaban y caían por el rostro, siguiendo los surcos que la edad había labrado en una tez amarillenta y sucia.

—Pero ¿qué pasa?—dijo Juan sin más preámbulos.

El tío Roque levantó la cabeza, miró á su mujer y contestó pausadamente:

—Ha estado aquí el secretario del ayuntamiento á decirnos que han llamao á los excedentes de cupo.

La madre de Juan, después de estas palabras, rompió á llorar con todas sus fuerzas.

—Ya ves, hijo—decía interrumpiendo sus palabras con hondos suspiros,—ya ves. ¡Cuando estábamos tan contentos porque habías sacado un número alto el año pasado y no tenías que ir á servir al rey! ¡Cuando íbamos levantando cabeza con tu trabajo, porque tu padre ya no está para nada! ¡Cuando esperábamos tener una vejez tranquila!

Y á cada frase se aumentaba el dolor de aquella mujer, hasta llegar á un estado de excitación nerviosa en el que se confundían sus lamentos con los rugidos de una fiera.

—Pero no nos llevarán á Cuba—fué lo único que se le ocurrió decir á Juan, á quien el dolor de sus padres hacía más daño que su situación propia.

—¡Vaya!—contestó el tío Roque.—Los primeros. Para eso llaman á los excedentes de cupo. ¡Y que van á embarcar en seguida!

—Pero tú no irás—añadió la madre.—No quiero yo, ya lo sabéis. Estoy enterada de lo que hacen allí con los hijos que con tanto trabajo criamos las madres. Si no se los traga el mar, los hacen tajadas los negros. No, á Juan no; he dicho que no va, y no va.

Con las últimas enérgicas palabras clavó sus ojos en el tío Roque para escudriñar su pensamiento, para suplicarle, para mendarle, si fuera preciso.

—Digo lo mismo—contestó, por fin, el padre.—Nos arruinaremos, pediríamos limosna, pero no irás.

Y sin decir más palabras, cogió el sombrero y una gruesa gartera y se marchó á la calle.

—¡Pero, padre!—dijo Juan, intentando detenerle.

—Déjale, déjale—exclamó la madre, sujetando á su hijo con la fuerza de una leona y como si aquél fuera el momento en

que iban á arrancárselo para llevárselo á Cuba.— ¡I sabe lo que se hace; no quiero yo que vayas, y no irás á la guerra. Eso jamás.

Pocas horas después, el tío Roque volvía con semblante más alegre. Había trazado ya su plan.

En la cabeza del partido, que sólo distaba una legua del pueblo, había constituido una sociedad donde por sólo 1.000 pesetas se redimía ó sustituía á todos los mozos excedentes de cupo que fuesen destinados á la isla de Cuba. Para obtener esa cantidad no había en la casa más que un recur-

so: las mulas. Acababan de costar 5.000 reales en la última feria y tenían fama en todo el pueblo por su estampa y vigor para el trabajo.

A la mañana siguiente empezó el tío Roque sus gestiones y con ellas sus desencantos; en cuanto se supo la necesidad en que estaba, las mulas bajaron de precio por una ley económica que consiste en utilizar las desgracias del prójimo en provecho propio, y sólo encontró quien le diera por la yunta 500 pesetas y protestando el comprador todavía de que hacía al tío Roque un favor grandísimo.

Hubo que pensar en otros recursos, y fué preciso apelar á la mejor tierra, á la que casi les mantenía, porque las demás ni de balde las quería nadie.

El mismo comprador de las mulas hizo al tío Roque el favor de quedarse con la tierra por la cantidad de 1.000 pesetas, pero pagando al contado el valor de las mulas y la mitad de la tierra, con lo cual se sumaban los 4.000 reales que hacían falta para librar á Juan del servicio de las armas. Los 2.000 reales restantes quedaban para ser abonados al año siguiente, es decir, después que la tierra los hubiera producido.

Tal contrato era la ruina de la familia, y la tosca conciencia de Juan se rebelaba contra aquel malbaratamiento de una modesta fortuna hecha real á real y después de muchos años de trabajos y sinsabores; pero las lágrimas de la madre detenían siempre la protesta que llegaba á cada momento á los labios.

Por fin, llegó el día de entregar el dinero. Juan fué el encargado de llevarlo á la caja de la sociedad que había de redimirle, y con las 1.000 pesetas en un solo billete se presentó en las oficinas, sintiendo que allí entregaba la existencia de toda su familia.

Antes de dar el billete Juan lo estuvo contemplando largo rato, leyó todas las firmas, examinó las cifras, miró los retratos, y ¡cuál no sería su sorpresa cuando vió que el número de orden de aquel billete, repetido en tres ó cuatro sitios, era el 123, el mismo que él había obtenido en el sorteo, el número alto que le había hecho confiar en que nunca sería llamado al servicio de las armas!

El cura del pueblo, que había ido á imponer igual cantidad por otro mozo, al verle tan absorto en la contemplación de aquel papel, le dió con la mano en el hombro y le dijo:

—¡Cuánto lo miras, Juan! Eso representa tu sangre, que, como todos, la debes á la patria.

**

Tristes días comenzaron para la familia del tío Roque; padre é hijo se pusieron á jornal; pero gracias que Juan, por ser más fuerte, fuera admitido en algunas casas. El tío Roque sumbió á los pocos meses por causa de privaciones que su edad ya no resistía; la contribución que seguía pesando sobre una casa en la que ya no se producía, acabó con la casa misma, y el fisco la malbarató, como el tío Roque había malbaratado sus mulas y sus tierras.

Estas desgracias apenaban el corazón de Juan; de su mente

no se apartaba el recuerdo de aquel número 123 que llevaba el billete y que era el suyo además, como si con efecto la suerte hubiera dispuesto que, como decía el cura, aquel papel representase en el Estado su propia sangre y nada más.



No hubo más remedio, para que su madre no muriese de hambre, que ir á buscar jornal fuera de la localidad, y la ocasión se le presentó en los momentos más críticos para él. En Madrid vivía una del pueblo que lo abandonó descalza y casi desnuda, y ahora tenía una gran fortuna y era el asombro de la corte por su fastuosidad y grandísimo lujo. El mismo comprador de las mulas, que estaba con aquella señorita en muy buenas relaciones, había recibido el encargo de mandarle un chico del pueblo que fuera muy fiel, porque estaba harta de que le robasen todos los criados de Madrid. Juan aceptó reconocido las proposiciones de aquel buen señor y, dejando á su madre en casa de unos parientes, vino á la corte decidido á ahorrar de su salario cuanto pudiese para restablecer en cuanto alcanzaran sus médicos la destruida fortuna.

La acogida que se le hizo fué cariñosísima.

Aquella chica, que en el pueblo se llamaba la Lagarta, porque era hija del tío Lagarto, tenía en Madrid el nombre de Marieta, y de tal manera habían cambiado sus modales, su aspecto y hasta sus facciones, que Juan no se atrevió á tutearla, aunque así se lo había propuesto, y hasta llegó á dudar que fuera la misma que en los primeros años de su existencia jugaba con él al entrar en la escuela.

Aunque Juan se dió á conocer como hijo del tío Roque, Marieta no se acordaba de tal persona ni de casi nadie del pueblo, donde había muchos brutos, aunque, eso sí, muy honrados, según muchas veces hubo de repetirle para deducir que á él se le llamaba para encargarle asuntos en los que la fidelidad era lo principal y la inteligencia no hacía falta para nada.

Pronto se enteró Juan de sus obligaciones. Marieta era la protegida de un ministro nada menos, y este buen señor era casado, y con una mujer celosísima, que había sonsacado á todos los confidentes de aquellas relaciones ilícitas para promover los más espantosos escándalos al ilustra consejero de la corona. Hacía falta un criado que llevara cartas, regalos, dinero y cuanto se ocurriese, sin que la señora del ministro, siempre en acecho, pudiese comprar una prueba plena, cosa que casi había estado á punto de conseguir en diversas ocasiones.

Juan prometió una reserva inquebrantable, y aunque algo le decía en su interior que todo aquello era infame, no tenía la educación moral necesaria para rechazar tan lucrativo oficio.

Para inaugurar sus funciones fué enviado al ministerio por lo de todas las meses, y el mismo ministro le recibió en un pequeño despacho y le entregó un sobre que debía contener una buena cantidad de billetes de Banco. Juan salió de aquel departamento por una escalera reservada, y entregó el paquete á Marieta sin haber tenido la curiosidad de echarle una mirada en el camino, entre otras cosas, por miedo de que si se detenía á escudriñar aquel sobre, alguien le observase y se lo robaran á los pocos pasos.

No había pasado una semana cuando el señor ministro, al salir de casa de Marieta, dijo á Juan, que, como siempre, se hallaba en el recibimiento para abrirle la puerta:

—Mañana, sin que lo sepa la señorita, vas á las diez al ministerio. Te voy á dar un encargo.

Juan cumplió la orden, y á la hora convenida estaba en el despacho del costumbre, donde ya los porteros le conducían sin hablarle palabra.

Á los pocos minutos se presentó S. E. con aire entre jovial y pícaro.

—Toma—le dijo, dándole un billete de mil pesetas;—en esta calle hay una joyería en el número 9; dices que te den un alfiler de señora que acabo de encargar; entregas esos cuatro mil reales y se lo llevas á la señorita de mi parte.

—¿Un alfiler de cuatro mil reales!—salió pensando Juan.—¿Qué barbaridad!

Maquinalmente abrió el billete, que iba doblado y vió el número de orden, que era el 123, el mismo billete que su padre había reunido á costa de la ruina de toda la familia y de su propia vida.

Juan no sabía qué sentía en aquel momento; pero toda la sangre se le agolpaba á la cabeza, y gruesas gotas de sudor corrían por su frente.

—Mi sangre—la que yo debía á la patria, según el cura—para un alfiler. La patria entonces es el ministro, ó el alfiler, ó la Lagarta.

Como un autómatá llegó á la joyería, pagó las 1.000 pesetas y le dieron la alhaja, que á los pocos minutos entregaba á Marieta, pálido y demudado, deseando poder decirle:

—Estímalo. Ha costado la vida á mi padre y la ruina á toda la familia... ya ves si vale.

Marieta abrió el estuche, echó una mirada á la joya y la arrojó con verdadera furia contra la pared.

—¿Pero qué animal es ese viejo!—exclamó.—Le tengo dicho que las turquesas tienen mala sombra para mí, y se empeña en mandarme turquesas en todas las alhajas.

Juan no la oía; algunas piedras menudas del alfiler habían saltado al golpe, varios engarces se habían roto, algunos hilos finos de oro se habían hecho pedazos, y el mozo buscaba los restos como si fueran gotas de su sangre que habían salpicado las paredes y el suelo.

Marieta, poseída de verdadero furor, mandó á Juan que en el acto subiera con la destruida alhaja al último piso de la casa, donde vivía una D.^a Mariquita, traficante en joyas usadas, para que le diera por el alfiler lo que quisiera, aunque sólo fueran cinco duros, pues con lo que quisiera darle se contentaría con tal de que salieran de su casa pronto las malditas turquesas.



Á todo obedecía Juan como una máquina, pensando en el 123, en el cura, en su padre y en esa patria por la que había visto hacer en su casa tan grandísimos sacrificios.

D.^a Mariquita examinó la joya brevemente y dedujo que no valía nada. Al ministro le habría costado doble por ser ministro y porque ya sabía el joyero para quién la compraba. Los brillantes, aunque eran muchos, eran tan pequeños y faltaban tantos, que el arreglo había de costar una cantidad desproporcionada con relación á su valor intrínseco. En fin, por no desairar á la señorita, le ofreció veinticinco duros.

Juan tomó el dinero y siempre anonadado ante sucesos tan extraordinarios, lo puso en manos de Marieta. Esta, después de reflexionar un momento, se acercó misteriosamente á Juan y, devolviéndole el dinero, le dijo:

—Ahora vas á la Tabacalera, compras una caja de cigarros de ese precio y la llevas á la calle de la Gorguera, 92, cuarto segundo. Preguntas por un matador de toros que le llaman *el Pelao* y se la entregas de parte mía; pero cuidado, que si de esto le dices algo al señor ministro, te vuelves al pueblo á destripar terrones.



Este último encargo lo hizo Juan llorando.
—Ahora—pensaba—mi sangre... humo... La patria la necesitaba para evaporarla... ¡Pobre padre mío!

Emilio S. Pastor.

CHISMES Y CUENTOS.

¿Vamos á no hablar más en toda nuestra vida de la cruz blanca del Mérito Militar?

Bueno.

¿Vamos á no insistir en lo del himno nacional?

Corriente.

Esta última determinación debe tomarla también *El Imparcial* desde ahora, haciéndose cuenta de que aquí no ha pasado nada.

Porque, créame á mí el distinguido colega, si insiste no va á ser Pablo Martín el que va á regalar las planchas.

Va á ser *El Imparcial* mismo.

Todo el mundo le tiene mucho miedo á lo que los militares llaman juicio sumarísimo.

Porque ya se sabe que eso quiere decir, sobre poco más ó menos, que le fusilan á uno á las veinticuatro horas.

Pero se conoce que eso es en la Península y no reza con las provincias de Ultramar, porque en Cuba han cogido al *Inglésito* con las armas en la mano después de haber quemado pueblos y hecho volar trenes, se le ha juzgado en juicio sumarísimo, según los partes, y... ésta es la bendita hora en que no se le ha metido una sola bala en el cuerpo.

¿Por qué? ¡Porque es súbdito norteamericano!

Y se conoce que los súbditos americanos tienen el privilegio de incendiar y asesinar impunemente.

En cambio, ¡qué saludable rigor se está empleando con el ayuntamiento de Majalatrocha con objeto de preparar las elecciones!

La Correspondencia copia de *Le Temps*, para probar que los bólidos han hecho algunas víctimas:

«Según los anales chinos, el año 616 un bólido mató á diez hombres.

El 7 de Marzo de 1618 un bólido incendió el Palacio de Justicia de París.

En 1647 y 1654 un bólido aplastó á dos hombres sobre la cubierta de un buque.»

Esta última parte de la noticia me ha llenado de asombro.

Fijense ustedes: en 1647 y 1654 (dos años diferentes) un bólido (uno solo) aplastó á dos hombres (dos hombres distintos) sobre la cubierta de un buque (de un buque solo).

Lo cual no tiene más que una explicación:

El buque hizo dos viajes, uno en 1647 y otro en 1654. Durante el primero estalló un bólido y mató á un hombre en la cubierta, quedó en el aire un pedazo del aerolito y volvió á caer sobre el mismo buque en el segundo viaje y aplastó á otro hombre.

Lo cual es verdaderamente maravilloso; pero no se entiende de otra manera.

Va sabrán ustedes la noticia espeluznante de la semana.
Maceo, cuando tiene apetito, hace matar á un negro de la escolta y se come los riñones saltados.

De modo que ya sabe Weyler lo que tiene que hacer para dominar la insurrección: matar por hambre á Maceo.

Y en un par de meses acaba el solo con su propia partida.

¡Y pensar que se habrán asustado mucho los niños de primer año de latín!

También sabrán ustedes que en el Senado de los Estados Unidos se ha discutido íntimamente la cuestión del reconocimiento de la beligerancia, y que los ilustres yankees han aprovechado la ocasión para ponernos como culpa de *dómine*.

El Gobierno nuestro, mandoroso de suyo, sigue diciendo, para que lo creamos, que los norteamericanos continúan mostrando para con España las más felices disposiciones.

Y la beligerancia será reconocida al fin y al cabo.

Y á pesar de todas las bravatas nos tragaremos la píldora.

Y seguirán nuestros soldados teniendo mucho cuidado al contestar á las descargas de los separatistas, porque á lo mejor da una bala perdida en el pecho de un súbdito yankee y tenemos otro conflicto.

No hay nada más perjudicial á la religión de nuestros mayores que el celo exagerado de los devotos.

Porque á ver si no se ha hecho un flaco servicio al siervo del Corazón de Jesús que ha remitido á los periódicos el siguiente suelto:

«Nuestro santísimo padre León XIII, que tan paternalmente se desvela por el bien de España, ha favorecido á la asamblea suprema de la Cruz roja con este despacho telegráfico: «Excmo. Sr. Marqués de Polavieja: Complacido noticia inauguración *Sanatorium* Cruz Roja, Su Santidad bendice soldados acogidos y bienhechores de ellos.—*Cardenal Rampolla*.»

«Esta bendición ha servido de gran consuelo á los bravos militares que en el sanatorio reciben caritativa asistencia.»

Ustedes dirán si puede darse algo más volteriano que eso del consuelo de los bravos militares y aquello de los desvelos paternales que ha costado á Su Santidad enviar una bendición telegráfica.

Libros:

Tenemos á la vista la *Guía comercial de Madrid* para 1896, publicada por la casa Bailly-Baillière é Hijos, obra que no vacilamos en recomendar á los lectores que no la conozcan.

En dicha *Guía* encontrará el hombre de negocios tal suma de datos y tan interesantes y útiles noticias, que á poco que la maneje reconocerá las grandes ventajas que para el desarrollo é incremento de sus negocios puede proporcionarle.

El gran número de ejemplares de que consta cada edición y los muchos años que hace se está publicando, demuestran su mucha importancia y lo necesaria que es á todas las clases de la sociedad.

1895-96. *El año que muere y el año que nace*. Interesante folleto del distinguido escritor D. M. Lorenzo Coria, en que se pasa revista á los más importantes sucesos políticos y literarios del año pasado y se hacen atinadas consideraciones acerca de los que se inician en el presente. Precio: una peseta.

Noche de prueba, monólogo en verso, original de D. Aurelio Vanguas, estrenado en el Teatro Ruzafa, de Valencia.

Pasatiempos. Con este título acaba de dar á la estampa D. G. L. de Comde un libro curiosísimo y entretenido, ilustrado con grabados, que es el primero en su género que ve la luz pública en España.

Dicha obra, que lleva en la cubierta una inspirada alegoría firmada por el reputado dibujante Sr. Nisarre, está consagrada exclusivamente al recreo de la imaginación por medio de una amplia y variadísima exposición de pasatiempos que tanta aceptación tienen en las secciones recreativas de la prensa periódica y de los cuales ha formado el autor, con raro acierto, un tratado completo con cuantas reglas y advertencias son necesarias para la formación y descifre de los mismos. Precio: 2,50 pesetas.

La carta. Juguete cómico en un acto y en verso, original de D. Luis de Val, estrenado con gran éxito en el Teatro Principal de Zaragoza.

Pechín González se titula la última obra del gran Pereda. Todos los elogios que de ella pudiéramos hacer le parecerían pálidos al público, que á estas horas habrá saboreado con deleite aquellas maravillosas descripciones, aquel estilo ameno, vigoroso, aquella narración encantadora y palpitante de interés en que se pintan los horrores de la catástrofe producida por la explosión del *Cabo Machichaco*, que por su grandeza requería ser cantada por el insigne novelista montañés, honra de la literatura patria. Cuesta el tomo 3 pesetas.

Cuentos del otro jueves titula nuestro distinguido amigo D. Carlos Ossorio y Gallardo á una lindísima colección de artículos de géneros diferentes que leerán con gusto las personas que por su suerte lo tengan bien. El tomo es, por su parte material, modelo de elegancia y le ilustran numerosos grabados del notable dibujante Xandará. Precio: 2 pesetas.

Ideas educativas, por el profesor normal D. Rafael Castilla Moreno, maestro público y profesor especial de sordomudos y de ciegos. Precio: una peseta.

Rawón el albañil, boceto dramático en un acto y en verso, original de D. Alfonso Benito Alfaro, estrenado recientemente con grandísimo éxito en el Teatro de Novedades.

Instrucciones administrativas para delegados y comisionados contra ayuntamientos. D. Enrique Mharía y Guix acaba de publicar este librito de necesidad suma para todos los ayuntamientos, gobiernos civiles y diputaciones provinciales, editado por la casa de los Sres. Bailly-Baillière é Hijos. Es un volumen de cerca de doscientas páginas, de abundante lectura; contiene el libro toda la legislación así fundamental como auxiliar-infinidad de prevenciones y notas, una colección completa de formulario-para expedientes de inspección y apremios y un repertorio alfabético. Precio: una peseta.

La Celestina; sus pensamientos, máximas, sentencias y refranes precedidos de la biografía de sus autores y juicio crítico de la obra, por D. Javier Soravia. Este distinguido escritor ha llevado á feliz término un trabajo

verdaderamente notable y de grandísima utilidad para la literatura, cuya importancia no necesitamos tucarecer. Precio: 3 pesetas.

Galería de semblanzas. Volumen 1.º D. Práxedes Mateo Sagasta, por D. Rafael Vinsky Cabrero. Precio: una peseta.

Crítica popular, por Clarín. Ha empezado á publicarse en Valencia una *Biblioteca de vulgarización literaria.* El director ha tenido la feliz idea de que constituyan el primer tomo varios artículos de crítica de nuestro ilustre colaborador. Son... co no todos los suyos, y con esto está dicho todo. Y hasta. Es decir, hay que añadir únicamente que cada tomo cuesta 60 céntimos.

Humoradas en prosa, por D. Eduardo Zamacois. Este infatigable publicista acaba de dar á la estampa este nuevo libro que, como los anteriores, está llamado á tener grande y merecida aceptación. Le forman, como su título indica, varios artículos de costumbres, satíricos á veces, á ratos amargos, siempre amenos é interesantes. Precio: 2 pesetas.

Resoluciones acerca de la «Asociación de padres de familia», por su ex-representante D. Carlos G. de Ceballos y Cruzada. Con la simple enunciación del título basta para comprender la *miga* que tiene la obrita y los datos curiosos que en ella se revelan. ¡Cómprala ustedes! Cuesta una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. G. D.—Malo es hacer poemas en tres cuartos, pero peor es no cortar bien las sílabas además.

El diplomático.—Muy viejo el chiste.

Biscuit.—Muy vulgar y muy de abanico.

Un consejero.—No está usted mal literato, compadre! Así es literato el hijo de la portera de cualquier vecino.

P. Q.—Y ¿para qué se ha molestado usted en arreglar el soneto? Si el mal está en el asunto, y ahí no cabe arreglo.

El rey de la Barragusta.—La primera no parece de la misma mano que la segunda. Y Dios me libre de los malos pensamientos.

Fray Attila.—Vuestra paternidad se guasea á ratos. Digo, me parece

Capitán Pontalla.—Lo ha visto y... nada. No puede aprovecharse nada.

2. P. Píñeros.—La broma de escribir adrede con mala ortografía me la

dieron ya en Febrero del 83, que fué cuando empezó la segunda etapa del periódico. ¡Conque no le digo á usted nada!

Esportivo.—Largo y difuso.

Clarinet.—Todo me parece mediano desgraciadamente.

Sr. D. F. J.—Hay unos versos largos y algunos cortos.

Se debe en estas cosas andar con ojo.

Maristany.—Hay que conservar los refines, cuando se usan en una composición, tal y como son ellos, sin cambiar los giros, porque de lo contrario no hacen el efecto que se busca. Aparte de eso, la letra es mediana.

Chiringuito.—No tienen nada de particular los cantores. ¡Ah! una advertencia para lo sucesivo: que el amor profano puede ser verdadero á la par. No está reñida una cosa con otra.

Juan II.—No tienen novedad los asuntos.

Un poeta ramplón.—El pseudónimo está perfectamente aplicado, porque el romance es ramplónico efectivamente, y ni tiene carácter de época ni se recomienda por el chiste final, que es del sistema antiguo y se ve venir á quince kilómetros.

Batraconimaquia.—Lo primero que hay que hacer es escoger un metro definido y no andarse por las ramas mezclando cuartetas, redondillas, quintillas, aleluyas, etc., etc., porque resulta un bululú que ni Dios lo entiende.

Sr. D. B. Morales.—San Martín.—Se recibió su carta, pero como no conservamos la primera y en ésta se le ha olvidado á usted poner membrete ó lugar de fecha, no sabemos dónde hemos de enviarle los números. ¿Quiere usted subsanar esta falta?

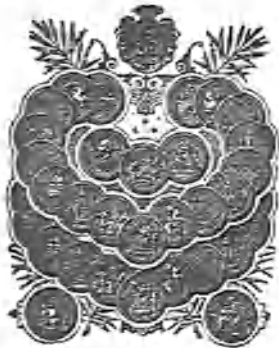
Mintar.—Tampoco me parece aprovechable.

Sin guasa.—¡Quid! no lo creo.

Un futuro yo.—¡Dios mío! ¡Habré yo empezado de tan mala manera! La duda me abraza.

El adoquis mayor.—Se publicará, porque le han gustado mucho á Zúñiga.

NOTA. (La de siempre.) Quedan muchas cartas sin contestación por falta de espacio. Pero conste que no he encontrado en ellas nada publicable.



COGNACS

Puros de vino garantizados
ELABORACIONES Y SOLERAS DESDE 1887

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS
9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.
BARCELÓ Y TORRES
(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA
Fidanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

PORTICO DE APOLO

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE INDUSTRIAS DIVERSAS
DE 9 DE LA MAÑANA Á 12 DE LA NOCHE

EXPOSICIÓN Y VENTA DE

Abanicos-Paraguas, por la Fábrica A. L. Serra.

Gnantes, por la Fábrica G. Zurro.

Corsés, por la Fábrica Borrego y Crespo.

Corbatas, por la Fábrica Pedro Bto. Moreno.

Calzado de lujo, por la Fábrica José M.ª Sierra.

Guitarras, etc., por la Fábrica Hijos de González.

Bicicletas, por el «Gran Salón Humberto».

Perfumería, por la Casa Albert.

Aparatos para luz eléctrica, por la Commercial Union Association.

Bombones-Caprichos, por la Casa «Refrescos In-

glés».—Botellitas modelo del «Cognac Jurado

Castellón» á 50 cts.

CAPRICHOS DE ÚLTIMA NOVEDAD Y EXQUISITO GUSTO,
JUGUETES, ETC., ETC., EN LA

VITRINA CENTRAL

De 9 de la mañana á 12 de la noche.

Empresa de anuncios, Montera, 51.—Concesionaria
exclusiva de todo lo referente á publicidad en el teatro y pórtico
de Apolo.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA-TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANAGARRE

MADRID—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Luchana, 11 sup.ª